

Menéndez Pelayo: el castigo de la ambición

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
(Universidad de Cantabria)

Este trabajo forma parte de un estudio biográfico y crítico sobre Menéndez Pelayo en el que llevo varios años trabajando. Un trabajo que tiene como modelo la línea de clásicos libros como el de Robert Marrast, *José de Espronceda y su tiempo* (1974) o el *Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII* de François López (1976). En definitiva, lo que me planteo no es solamente el recorrido biográfico de un personaje sino el análisis de la relevancia de ese personaje como guía de navegación para retratar un periodo de la historia cultural de España.

Marcelino Menéndez Pelayo fue, sin discusión, un gran crítico e historiador de la literatura española, pero, en su tiempo, en los aproximadamente treinta y siete años de vida intelectual de los que pudo disfrutar, fue también una figura cultural, política y social de indudable relevancia y enorme repercusión pública. Durante esos treinta y siete años, el nombre de Menéndez Pelayo aparece en todas las polémicas intelectuales y políticas de la época. Recibe atención privilegiada de los periódicos, es objeto de filias y fobias, de alabanzas desorbitadas y críticas igualmente desorbitadas.

En cualquier noticia, manifestación o elemento político que apareciera el nombre de Marcelino Menéndez Pelayo, el santanderino quedaba convertido en protagonista y las censuras y los elogios se dirigían contra él y no contra aquello que defendía o atacaba. Sirva como ejemplo la polémica de las Escuelas laicas, ya al final de la vida de Menéndez Pelayo. El polígrafo, fiel al catolicismo estricto que mantuvo durante toda su vida, fue uno de los muchos firmantes, más de ciento cincuenta, que apoyaron un escrito, aparecido en la prensa de la época, defendiendo las escuelas religiosas y manifestándose contrario a las laicas. La reacción de los partidarios de estas últimas resultó muy rápida y se fijó sobre todo en la firma de Menéndez Pelayo. Alejandro Lerroux (1919) ejemplificó mejor que nadie la crítica a Menéndez Pelayo, cuando en un discurso en Santander pronunciado por el político republicano, indicó que «no queremos que nuestros hijos sean como Menéndez Pelayo, gloria de la ciencia y vergüenza de la humanidad».

Esta relevancia pública explica que la trayectoria vital de Menéndez Pelayo sea un rosario de polémicas, desencuentros, batallas dialécticas y luchas por puestos y honores a los que nunca quiso renunciar. Un caso paradigmático de este afán de poder, lo encontramos en su fracasada aspiración a presidir la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Una investigación que he realizado en las actas de esta institución, la correspondencia de don Marcelino y la prensa de la época, me han permitido trazar un relato detenido de esta intentona fracasada.

Unos años antes de esta fallida elección, en 1901, Menéndez Pelayo, ya un flamante catedrático, se instala en Madrid en la *Fonda de las Cuatro Naciones*, donde va a residir quince años. Aún no ha cumplido los veintitrés, pero rápidamente se integra en la vida

social de la capital del reino. Traba amistad con Ramón de Navarrete, *Asmodeo*, un cronista de la sociedad elegante que le introduce en todos los salones de Madrid y le lleva de la mano por los distintos ambientes de la corte (Menéndez Pelayo [E 1983: 177]). El sabio inexperto se convierte rápidamente en un habitual de la vida social madrileña. Juan Valera, a quien ya conocía, se constituye en su compañero preferido de andanzas y conversaciones. A sus veintidós años se entrega a la misma vida que Valera, por entonces de cincuenta y cinco y de Navarrete que ya ha cumplido los sesenta y uno. Su nuevo estilo de vida escandaliza a sus amigos de Santander y en 1880 Pereda llega en embajada a Madrid para llevarle por el buen camino. Pero las prédicas del digno polanquino no tienen mucho efecto. Pereda cuenta, sin grandes esperanzas, el resultado de sus gestiones a Laverde, ya que Menéndez Pelayo, en su opinión: «tiene ya muy arraigada la idea de su alto valor y es difícil que crea que puede equivocarse en algo» (Montesinos 1969: 299). Y, además, pese a todas sus prevenciones, el autor de *Sotileza* no puede dejar de comentar con cierta comprensión que «las atenciones que merece a los más encumbrados personajes y el mimo con que lo tratan en sus mesas y tertulias es una terrible tentación a sus años» (Montesinos 1969: 298). Y concluye Pereda con indisimulada admiración: «Yo no he visto nada parecido a la rapidez con la que ha llegado nuestro amigo, con sus propias fuerzas, a lo más alto entre doctos y legos en aquella sociedad» (Montesinos 1969: 298). Pereda no se equivocaba. Menéndez Pelayo no renunció nunca a esa vida que a sus conciudadanos de Santander tanto escandalizaba. Rubén Darío lo recuerda en esa *Fonda de las Cuatro Naciones*, en «un cuarto como todos los cuartos de hotel, pero lleno de tal manera de libros y de papeles, que no se comprende cómo allí se podía caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta. Los libros eran de diferentes formatos. Los papeles de grandes pliegos estaban llenos de cosas sabias, de cosas sabias de don Marcelino» (Darío 1991: 58).

Nadie le discutió en vida su condición de sabio. Que lo era, desde luego, y pocas personas pudieron ostentar ese título con tanta justicia. Pero sabio despistado, pacífico, apartado del mundo, dedicado tan solo a su ciencia, e ignorante de las maniobras del mundo para medrar en él, nunca. Sus despistes, que algunas anécdotas han magnificado, no afectaron nunca a su capacidad para conseguir puestos, sueldos y posición. Coleccionista incansable de condecoraciones, homenajes, dignidades y encomiendas, se siente siempre insatisfecho del reconocimiento recibido y espera nuevas recompensas, olvidando todas las anteriores cuando alguna se le niega. Su epistolario es una intrincada maraña de recomendaciones recibidas y pedidas, de proyectos de cargos y de nombramientos. También aquí sus admiradores quieren presentarnos un ente puro a quien las recompensas y dignidades le llegan sin que «San Marcelino» haya imaginado siquiera pedir las. Pero de nuevo la correspondencia -la mayor parte de las cartas de Menéndez Pelayo se publicaron mucho después de que aparecieran las biografías- y los hechos nos presentan otra historia. Historia que habla de búsqueda de votos, de cartas sobre elecciones, de cálculos, de apoyos y enemistades, de un candidato a la dirección de tres academias que solo triunfó (y a la segunda intentona) en la de la Historia.

Jamás se cansó Menéndez Pelayo de los fastos y homenajes, de las condecoraciones, los honores y las recompensas. Fue un incansable coleccionista de ellas a lo largo de su vida, y las no conseguidas amargaron en demasía su espíritu y le impidieron disfrutar de las que sí tenía. Académico de la Real Academia, de la de la Historia, de la de Bellas Artes de San Fernando, y de la de Ciencias Morales y Políticas, Bibliotecario perpetuo y después Director de la Academia de la Historia; académico correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona, de la Sevillana de Buenas Letras y de la de San Carlos de Valencia, miembro preeminente de la Academia de Letras Humanas de Málaga, socio

honorario de la Sociedad Arqueológica Luliana y de la Arqueológica Tarraconense, miembro de la Academia Aráldica Genealógica Italiana, de la Societé Academique Hispano-Portugais de Toulouse, de la Academia Scientarum Oliponensis, de la Società Bibliografica Italiana, de la Hispanic Society of America y de la Royal Society of Literature of the United Kingdom; diputado por Palma de Mallorca y por Zaragoza; senador por la Universidad de Oviedo y por la Academia; decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, vicepresidente del Ateneo, presidente de la Sociedad de Bibliófilos Españoles; Consejero de Instrucción pública, Caballero Gran Cruz de la Orden de Alfonso XII, Comendador de la Legión de Honor y de la Orden del rey Leopoldo de Bélgica.

Ese afán de títulos y recompensas le llevó a una de las mayores decepciones de su vida: el fracaso en su intento por ser elegido director de la Real Academia. Fue en 1906 y el asunto tuvo sus consecuencias. El anterior director de la Academia, Conde de Cheste, había fallecido. Siguiendo una ley no escrita, un aristócrata, que hubiera sido ministro era el candidato natural para el puesto: esa había sido la condición de todos los directores de la Academia hasta el momento. Pero, en ese momento, Benito Pérez Galdós y Jacinto Octavio Picón lanzaron públicamente la candidatura de Menéndez Pelayo. La derecha académica no concedió gran importancia a la propuesta de los dos novelistas: «dos personas de menor cuantía» los llamó Emilio Cotarelo en una carta al santanderino¹ (*Epistolario de Menéndez Pelayo*. Volumen 18. Carta 983), pero Menéndez Pelayo sí. Y, sobre todo, cuando en una carta abierta en *El Imparcial y El País*, un 22 de noviembre de 1906, más de ciento veinte firmas pidieron públicamente a Alejandro Pidal, rival de Menéndez Pelayo, que no se presentara y que dejara campo libre al santanderino que, según los firmantes, estaba «por encima de toda discusión y de toda concurrencia». Entre los que apoyaron públicamente la candidatura de Menéndez Pelayo se contaban los hermanos Álvarez Quintero, Gregorio Martínez Sierra, Carlos Arniches, Joaquín Dicenta, Pio Baroja, Azorín, Antonio Machado, Felipe Trigo, Álvaro de Albornoz. Manuel Azaña, Pedro Mata, Augusto Barcia, Ramón Pérez de Ayala, Eduardo Zamacois, Francisco Villaespesa, Gabriel Miró... La carta se publicó el mismo día de la elección, un 22 de noviembre de 1906, muy pocos días después de que Menéndez Pelayo hubiera cumplido los cincuenta años. Veintiún académicos pudieron votar y de ellos, solo tres lo hicieron por don Marcelino: Picón, José Ortega y Munilla y Juan Cavestany. Dieciséis en cambio votaron a Pidal y en la lista de votantes hay nombres que fueron una amarga decepción para Menéndez Pelayo: Antonio Maura, Emilio Ferrari, Emilio Cotarelo, Ramón Menéndez Pidal. Menéndez Pelayo no asistió a la votación y Galdós tampoco pudo hacerlo. Un año después se repitió la elección, pues el nombramiento de Pidal era interino. Pidal obtuvo quince votos y Menéndez Pelayo siete. Esta vez los votantes de don Marcelino fueron Francisco Rodríguez Marín, que acababa de ingresar en la Academia, Galdós, Echegaray, Picón, Ortega Munilla, el padre Miguel Mir, que en la anterior había votado a Pidal, y el propio Menéndez Pelayo, que en este caso, sí que asistió. Pero el grueso de la Academia continuó apoyando a Pidal.

La amargura de Menéndez Pelayo fue indecible. Rompió relaciones con Alejandro Pidal, con quien hasta el momento había cruzado cartas muy corteses y del que había celebrado con júbilo su llegada al gobierno. Finalizó su amistad con Emilio Cotarelo, antes discípulo y colaborador, y con el que un día se lió a bastonazos en plena calle de Alcalá. Y abandonó la Academia. La edición de las obras de Lope de Vega, un encargo

¹ Las citas a las cartas se hacen, salvo excepción que se indique, a las publicadas en el *Epistolario* que aparece en la Bibliografía final. En cada una de ellas se indicará n.º de volumen y n.º de carta.

académico, queda interrumpida en el volumen XIII. No volvería a ello nunca. Los tomos XIV y XV se publican después de su muerte, pero ya sin los prólogos que Menéndez Pelayo nunca compuso. Su último acto académico es la recepción de su amigo Francisco Rodríguez Marín, que toma posesión en esas fechas. La Academia, el lugar donde había soñado estar desde niño le había vuelto la espalda y, sobre todo, lo habían hecho los representantes de esa derecha cristiana que él había defendido tantas veces en tantas polémicas. «Mi alejamiento de aquella Corporación [la Academia] es absoluto y probablemente definitivo, por razones de dignidad personal cuyo origen Vd. conoce y que luego se han exacerbado con nuevos agravios. La Academia, sometida al ignorante capricho de los hombres políticos o a las malas artes de cualquier intrigante, va perdiendo a toda prisa su carácter literario. Conservo allí algunos buenos amigos, pero están en minoría insignificante, y para la mayor parte de los académicos no puede haber peor recomendación que la mía. He dejado de concurrir aun a las sesiones ordinarias» (*Epistolario*, vol. 21, carta 855). Son palabras de diciembre de 1911, cinco meses antes de su muerte. La herida de aquella elección fracasada nunca cicatrizó.

Mas esa elección de 1906 no fue sino el segundo acto de un drama que había empezado en 1901, cuando Menéndez Pelayo se vio derrotado en dos votaciones, en sus aspiraciones para convertirse, con tan solo cuarenta y cuatro años, en Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Hay que remontarse a años atrás, a 1892. Fue entonces cuando un joven catedrático de tan solo treinta y cinco años, Marcelino Menéndez Pelayo, fue elegido académico de San Fernando. La plaza que había dejado vacante Manuel Cañete, en la sección de pintura tenía tres aspirantes: Manuel Ossorio y Bernard, Augusto Comas y Blanco y Marcelino Menéndez Pelayo. Aparentemente Menéndez Pelayo parecía el menos indicado para ser elegido. Ossorio y Bernard había publicado en 1883 su *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, y en 1890, juntamente con Carlos Frontaura, el *Diccionario biográfico internacional de escritores y artistas del siglo XIX*. Comas y Blanco era pintor y crítico de arte; en 1890 había publicado un estudio sobre la Exposición nacional de Bellas Artes y en ese momento estaba preparando otro estudio sobre la Exposición internacional que en ese momento se estaba celebrando en Madrid con motivo del IV Centenario del descubrimiento de América. Pero Menéndez Pelayo, acababa de finalizar en 1891 su *Historia de las ideas estéticas*, y sin duda fue el gran impacto de la obra el motivo de que la sección de pintura² de la Academia de San Fernando, según consta en el acta del 22 de febrero de 1892, indicara que «considerando [...] los méritos tan públicos y notorios que concurren en el Sr. Don Marcelino Menéndez Pelayo»³ había puesto al santanderino en primer lugar en cuanto a méritos, por delante de Ossorio y Bernard (segundo) y Comas y Blanco (tercero). Con esa preferencia tan marcada, no es extraño que en la sesión siguiente, 29 de febrero, Menéndez Pelayo recibiera diecinueve votos, por solo dos de Ossorio y Bernard y ninguno para Comas y Blanco⁴.

Pero el flamante académico no tenía, al parecer, mucha prisa en tomar posesión. Al fin y al cabo, la de San Fernando era ya su cuarta Academia, y Menéndez Pelayo se

² Compuesta en ese momento por Pedro de Madrazo (Director de la Academia), Alejandro Ferrant, Salvador Martínez Cubells, Teófilo de la Puebla y Rodrigo Amador de los Ríos.

³ Para todas las referencias a las actas, cito *Actas de las sesiones particulares, ordinarias, generales, extraordinarias, públicas y solemnes de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* [Manuscrito], consultadas [a través de la página web de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#).

⁴ Ninguno de los dos adversarios de Menéndez Pelayo en esta votación llegó a ser académico.

había acostumbrado a los honores. Su primera Academia había sido la de sus amores, la de la Lengua. En 1881 fue elegido y en ese mismo año de 1881 tomó posesión con un discurso sobre la poesía mística española. En la Academia de la Historia había sido elegido el 5 de mayo de 1882 y tomó posesión un 13 de mayo de 1883. La Academia de Ciencias Morales y Políticas lo había elegido en 1899 (en sustitución de Mariano Roca de Togores). Quizás por ello no se impresionó mucho por el nuevo honor que le llegaba.

No deja de ser llamativo que en esa selva de elecciones, búsqueda de votos, y conjuras para elecciones de académicos de todo tipo y pelaje que es el epistolario de Menéndez Pelayo, no conste ninguna carta en la que se hable de la campaña para su elección como académico en la de Bellas Artes de San Fernando. Sí que las hay, y abundantes, en el caso de las Academias de la Lengua y de la Historia, pero en la de San Fernando las cosas, al parecer venían muy rodadas. De hecho, en su epistolario solo tenemos dos menciones de 1892 a esa elección: la propia comunicación del secretario de la Academia, en la que se le daba a Menéndez Pelayo comunicación oficial de la elección y una felicitación de Carmelo de Echegaray, recibida pocos días después.

Pero a pesar de esta elección, ni las artes plásticas ni las musicales fueron una de las ocupaciones intelectuales en las que Menéndez Pelayo se detuviera con frecuencia. Por eso, acuciado siempre por mil compromisos, y con otras actividades que le interesaban sin duda más, el tiempo fue pasando sin que el nuevo académico acudiera a tomar posesión, a pronunciar su discurso de entrada y ser contestado y así ser admitido, con todos los honores entre los «inmortales» de las artes españolas.

Esta situación sin duda debió de crear malestar entre los académicos de San Fernando, hasta tal punto que en 1899, se encomendó a una comisión proponer una reforma de los estatutos de la Academia para poner un límite al tiempo que un académico electo podía tardar en presentar su discurso y por lo tanto, en tomar posesión de su medalla. El debate de las modificaciones reglamentarias, que afectaban también a las elecciones de académicos, se desarrolló a lo largo de varias sesiones, entre diciembre de 1899 y enero de 1900. Da idea del hartazgo por la espera que tenía la Academia, el hecho de que el ponente de la comisión, Amós Salvador y Rodrigáñez⁵, propusiera un plazo de únicamente dos meses para que los académicos electos tomaran posesión o, de lo contrario, perdieran su condición de académicos. Finalmente, el plazo se estableció en cuatro meses, y la reforma del reglamento fue aprobada el 2 de enero de 1900. El 22 de enero se comunica a cuatro académicos electos que disponían de cuatro meses para pronunciar su discurso: Ruperto Chapí, Francisco Javier Amérigo, José Fernández Jiménez y Marcelino Menéndez Pelayo⁶. El 5 de febrero, Rodrigo Amador de los Ríos informa a la Academia de que ha entregado la comunicación a Marcelino Menéndez Pelayo y que este se había manifestado dispuesto a cumplir el plazo reglamentario fijado al efecto. Pero el 7 de mayo, Menéndez Pelayo, a través del director de la Academia, Juan Facundo Riaño, pide se amplíe el plazo hasta después del verano, lo que provoca la protesta de Amós Salvador y Rodrigáñez, ponente de la reforma y que estaba ejerciendo una estricta vigilancia sobre el cumplimiento de la misma. En la sesión siguiente, Amós Salvador volvió a la carga y pidió al secretario que se comunicaran las

⁵ (Logroño, 1845-Logroño, 1922) Ingeniero y político. Ministro de Hacienda en dos ocasiones (1894 y 1905-1906), de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas (1902), de Instrucción Pública y Bellas Artes (1911) y de Fomento (1915-1916). Sobrino de Sagasta y miembro destacado del partido liberal.

⁶ La academia hizo una excepción con otros dos electos, el Marqués de Pidal y Manuel Fernández Caballero, el primero en ese momento ocupaba cargos en el gobierno y por lo tanto no podía dedicarse a la preparación del discurso y el segundo se encontraba prácticamente ciego.

fechas en las que terminaban los plazos concedidos a los académicos electos para que presentaran su discurso. Poco después la Academia acuerda respetar el plazo de los cuatro meses sin tener en cuenta las vacaciones (algunos académicos habían propuesto que no se tuvieran en cuentas las vacaciones para el plazo de los cuatro meses), y el 28 de mayo, a propuesta de Jiménez Lozano, censor de la Academia, se decide finalmente no computar el plazo de vacaciones a pesar de las protestas de Amós Salvador. El 11 de junio, vuelve el tema, ya que el plazo dado a Menéndez Pelayo ha expirado y los defensores del reglamento, Amós Salvador a la cabeza, exigían que el santanderino perdiera su condición de académico. Fue precisamente Elías Martín que en poco tiempo sería rival de Menéndez Pelayo en las elecciones a director, quien pidió una nueva prórroga para el polígrafo, que aún no había pisado el suelo de la institución. Tras un encendido debate, y por dieciocho votos contra ocho, la Academia acordó conceder a Menéndez Pelayo un nuevo plazo: el 24 de septiembre.

Probablemente nadie se sorprendió al iniciarse, ese 24 de septiembre, tras las vacaciones de verano, un nuevo curso en la Academia, sin que Menéndez Pelayo hubiese comunicado que ya tenía preparado su discurso. Aunque a la sesión del 26 de septiembre no asistió el siempre combativo defensor del reglamento, Amós Salvador, varios de los presentes manifestaron que Menéndez Pelayo debía perder su medalla. Pero una hábil estratagema de Ángel Avilés Merino⁷ consiguió que no prosperase la iniciativa: el presidente Juan Facundo Riaño, estaba enfermo y no había asistido a la sesión y Avilés argumentó que muy bien pudiera haber recibido el tan esperado discurso y no haberlo comunicado a la Academia por causa de su enfermedad. El 1 de octubre siguiente, Riaño, aunque enfermo y sin poder asistir, envió una carta a la Academia indicando que no había recibido ningún discurso de Menéndez Pelayo. De nuevo Avilés terció, manifestando que tenía «vagas noticias» a través de Eduardo de Hinojosa, secretario de Menéndez Pelayo, de que el discurso estaba prácticamente concluido, y consiguió arrancar a la Academia una semana más de plazo para el santanderino. El lunes siguiente, 8 de octubre, la paciencia de los académicos tuvo por fin recompensa y Avilés presentó en la sesión el discurso de Menéndez Pelayo. Amós Salvador, en una intervención llena de dobles sentidos, se regocijó de que Menéndez Pelayo cumpliera con su obligación como académico, «con lo cual asegura a este cuerpo artístico su importante participación en los trabajos que son objeto de su instituto» (cita literal del acta). Participación que, como sabían todos los académicos presentes, hasta entonces no había existido; la velada alusión quedó en el aire.

A partir de entonces los acontecimientos se precipitan. Exactamente nueve años después de la elección de Menéndez Pelayo como académico, y todavía sin tomar posesión de su medalla, el uno de marzo de 1901 se daba noticia en la sesión correspondiente de la Academia de San Fernando de la muerte de su director, Juan Facundo Riaño⁸.

La muerte de Riaño iba a originar una serie de rápidos, muy rápidos movimientos. Uno de ellos es la acelerada llegada de Menéndez Pelayo a la Academia de San Fernando, causada por la necesidad de tomar posesión como académico, para poder aspirar a la Dirección. No conservamos la carta de Menéndez Pelayo a su hermano Enrique, pero la respuesta de este, de 15 de marzo de 1901, nos indica que las cosas ya

⁷ (1842-1924) Pintor, periodista y senador. Director General de Administración Civil en Filipinas. Bibliotecario de la Academia de San Fernando en 1901.

⁸ (Granada, 1829-Madrid, 1901) Historiador y político, Director General de Instrucción Pública y Ministro de Estado.

estaban en marcha: «Celebro mucho que se apresure tu entrada en la Academia de San Fernando. Conozco al Sr. Avilés, a quien traté aquí un verano que estuvo, pues era amigo del pobre Camino. Es hombre muy afable y simpático, autor de un librito que se llama *El Retrato*» (*Epistolario*. Vol. 16. Carta 20). La carta nos ilustra sobre las conversaciones entre Menéndez Pelayo y Avilés, que era el encargado de redactar el discurso de contestación a Menéndez Pelayo. En 18 de marzo, tres días después, Avilés presenta su discurso ante la Academia. El 26 del mismo mes la Academia aprobó que la toma de posesión del nuevo académico se llevara a cabo el día 31. El santanderino tenía de repente mucha prisa.

El primero de abril de 1901, Menéndez Pelayo asiste por primera vez a una sesión de la Academia. El 8 de abril, tan solo una semana después, se procede a la sesión extraordinaria en la que la Academia elegía director y en la que Menéndez Pelayo se enfrentaba a Elías Martín, hasta entonces Director accidental como componente más veterano de la Academia.

Este hecho en sí era ya excepcional. No conocía la Academia de San Fernando una votación entre dos candidatos a la Dirección. Por otra parte, se enfrentaba el académico más antiguo, Elías Martín Riesco⁹ (había ingresado en 1872), con el último ingresado, Menéndez Pelayo, que era además el más joven de la corporación: tenía poco más de cuarenta y cuatro años frente a los sesenta de Martín. A modo de ejemplo, conviene recordar las edades de los anteriores directores: Federico de Madrazo llega al cargo cuando la familia Madrazo es prácticamente dueña de la Academia y tenía cincuenta y un años al tomar posesión. Su hermano, y sucesor en el cargo, Pedro de Madrazo, es elegido director con setenta y ocho años, y Juan Facundo Riaño con sesenta y nueve. De seguro que muchos académicos veteranos no verían con buenos ojos que un jovencito que acababa de llegar, por muchos títulos que tuviera, pretendiera tomar por asalto la dirección.

En la semana que transcurrió entre el 1 y el 8 de abril, Felipe Pedrell¹⁰ actúa decididamente como agente de Menéndez Pelayo a la búsqueda de votos para la dirección. El 5 de abril escribe la siguiente carta a Menéndez Pelayo:

Querido amigo y compañero:

Ahí va la documentación que voy recibiendo.

Han contestado, por ahora, a mi invitación:

Maura

Domínguez

Martínez Cubells

Samsó

Ferrant:

Sí

Alejo Vera: No.

⁹ (1839-1910) Escultor. Autor del monumento a Velarde, en Santander. Director de la Academia de San Fernando desde 1901 a 1909.

¹⁰ (Tortosa, 1841-Barcelona, 1922) Músico. Defensor de Wagner, y llamado el «Wagner español», fue un importante investigador de la música tradicional española y maestro de Albéniz, Falla, Turina y Granados.

Ofrecen probabilidades de votar sí:

Amador
Velázquez
Muñoz Degrain¹¹
Fernandez y González

Me han dado verbalmente su palabra:

Arbós
Mélida (José Ramón)
Jimeno
Zubiaurre
Sbarbi
Avilés
Suñol
Moreno Carbonero.

Votarán con nosotros:

Esperanza
Monasterio
Y su servidor de V. su más humilde pero entusiasta discípulo q.l.b.m.
F. Pedrell

Los cálculos de Pedrell eran muy optimistas. De acuerdo con su carta, Menéndez Pelayo contaba con dieciséis votos seguros y cuatro probables: veinte votos representaban una holgada mayoría que hubieran debido darle a Menéndez Pelayo la dirección de la Academia de San Fernando sin ningún problema. Tal vez eso explique el exultante optimismo de Menéndez Pelayo que, en carta del 7 de abril, dice a su hermano Enrique: «el tal discurso, contra todos mis temores, resultó un exitazo como se dice en la jerga de entre bastidores. Y tanto que mañana lunes (si no se atraviesa algún obstáculo imprevisto) seré elegido Director de dicha Academia, con lo cual me quedaré convertido en un Cheste¹² de las Bellas Artes, aunque sin el buen cocinero que él tiene y que sirve mucho para realzar los prestigios del cargo»¹³.

Pero llama la atención el nombre de Monasterio como voto seguro. Jesús de Monasterio había sido uno de los ocho académicos que había votado en contra de ampliar el plazo de recepción de Menéndez Pelayo y, por ende, a favor de desposeerle de su condición de académico. Cuando Menéndez Pelayo, en la segunda votación, requiere su apoyo, Monasterio se excusa de asistir a la asamblea por su delicado estado de salud, pero lo cierto era que había asistido regularmente a las sesiones de la Academia, incluso presidido alguna durante la enfermedad de Riaño y dejó de estar presente en ellas a raíz de la presentación de la candidatura de Menéndez Pelayo. Consciente, sin duda, de la repercusión que tendría en su patria chica no apoyar a su ilustre paisano, prefirió apartarse temporalmente de las reuniones de la Academia.

¹¹ En la carta de Pedrell, aparece una cruz a la izquierda del nombre de Muñoz Degrain.

¹² Se refiere a Juan de la Pezuela, Conde de Cheste y Director por entonces de la Academia de la Lengua.

¹³ *Epistolario*. Vol. 16. Carta 75.

Lo cierto era que Pedrell se había lanzado a la aventura. En la Biblioteca de Menéndez Pelayo se conservan las respuestas a sus requerimientos que le hicieron llegar Francisco Américo¹⁴, Amós Salvador y Rodrigáñez¹⁵, Manuel Domínguez¹⁶, Alejo Vera¹⁷, Salvador Martínez Cubells¹⁸, Bartolomé Maura¹⁹, Alejandro Ferrant²⁰ y Juan

¹⁴ 4 de abril de 1901

Mi muy estimado amigo

Mucho antes de ingresar en neutra academia el insigne Sr. Don Marcelino Menéndez Pelayo, había yo ofrecido mi voto al amigo de toda la vida, Don Elías Martín para la presidencia de dicha corporación.

Este es el motivo que me impide unir mi humilde voto al valioso de Ud. en la cuestión que nos ocupa.

Esperando que en otro caso seré más venturoso, me despido de Ud. Afmo. amigo y compañero.

Francisco Américo

¹⁵ Mi queridísimo amigo y compañero Pedrell

Quiero contestar a Ud. de palabra a su volante, y al efecto iré por su casa; pero, por si no lo encuentro, y para que no eche de menos mi contestación, le envío esta, con un abrazo muy apretado y muy cariñoso.

Su amigo y compañero que de veras le quiere.

Amós Salvador

¹⁶ 4 de abril

Mi queridísimo maestro.

Me parece muy bien el votar para presidente al Sr Menéndez Pelayo; cuente Ud. con que soy uno de sus adeptos.

Suyo afectísimo amigo y admirador

Manuel Domínguez

¹⁷ 4 de abril.

Mi estimado amigo y compañero

Aunque comprendo la gran significación del Sr. Menéndez Pelayo, a quien respeto y estimo en lo muchísimo que vale, siento deber manifestar a Ud. que con anterioridad había ofrecido mi voto a D. Elías Martín, como el más antiguo entre los académicos y que ha ya tenido varias interinidades en la Presidencia.

Deseando vivamente ocasión más favorable para complacer a Vd.

Alejo Vera

¹⁸ Sr. D. Felipe Pedrell

Querido amigo y compañero

Cuente Ud. con mi voto para la presidencia a favor de Menéndez Pelayo.

Supongo que los mismos que votarán a este Señor, darán su sufragio para Senador al amigo Avilés.

El domingo, que creo será la elección a Senador, nos veremos en la Academia.

No falte y allí hablaremos.

Suyo Afectísimo, amigo

Martinez Cubells

P. D.- No nos debemos dormir para que salgan estos dos señores, para lo cual hay que recabar algún voto de las secciones de escultura y arquitectura.

¹⁹ 4 de abril de 1901

Sr. D. Felipe Pedrell

Querido amigo:

Con el mayor gusto votaré a mi ilustre amigo Sr. Menéndez y Pelayo para la Presidencia de nuestra Academia y celebro mucho ver que son muchos, según su atento volante, que nos disponemos a hacer lo propio, rindiendo culto al primer sabio que tiene España.

Suyo afm amigo q.l.b.m.

²⁰ Alejandro Ferrant Fischermans B.L.M. a sus distinguido amigo y compañero D. Felipe Pedrell con afecto y tiene el gusto de manifestarle que desde luego está en todo conforme en votar para presidente de nuestra Academia al Sr D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Siempre suyo aftmo.

Samsó²¹. Da idea del atrevimiento de Pedrell que escribiera a Salvador y Rodríguez para pedirle el voto. Y cabe imaginar que si, como indica en su carta, Salvador prefirió contestar de palabra sus requerimientos, era porque quizás sus opiniones eran demasiado fuertes para ser escritas.

Treinta y dos académicos asistieron a la sesión: Elías Martín Riesco, Valentín Zubiaurre Unionbarrenechea²², Francisco Fernández y González²³, Juan de Dios Rada y Delgado²⁴, Jerónimo Suñol²⁵, José Ildelfonso Jimeno de Lerma²⁶, Alejandro Ferrant²⁷, Ricardo Bellver Ramón²⁸, Cesáreo Fernández Duro²⁹, Rodrigo Amador de los Ríos³⁰, José María Esperanza y Solá³¹, Salvador Martínez Cubells³², Adolfo Fernández Casanova³³, Alejo Vera Estaca³⁴, Ángel Avilés Merino, José Esteban Lozano³⁵, Felipe Pedrell Sabaté, Tomás Bretón³⁶, Enrique María Repullés y Vargas³⁷, Amós Salvador y

²¹ 4 de abril de 1901.

Mi estimado amigo y compañero

Le participo que me uno por completo al grupo de amigos y compañeros que se proponen votar a D. Marcelino Menéndez Pelayo, a quienes podrá decir que pueden contar con mi voto.

Su afctmo amigo y compañero Q.B.L.M.

²² (Vizcaya, 1837-Madrid, 1914) Músico, autor de la ópera *Fernando el Emplazado* y de abundantes piezas de música religiosa. Maestro de la Capilla Real.

²³ (Albacete, 1833-Madrid, 1917) Destacado intelectual, uno de los más importantes orientistas de España, autor de tratados de Metafísica y Ética, y una de los primeros pensadores krausistas.

²⁴ (†1901) Director del museo arqueológico nacional.

²⁵ (Barcelona, 1840-Madrid, 1902) Escultor, autor del monumento a Colón en la plaza del mismo nombre, de las esculturas que decoran la fachada del banco de España en Madrid, y de la tumba de O'Donnell en la Iglesia de Santa Bárbara en las Salesas (Madrid).

²⁶ (Madrid, 1842-Madrid, 1903) Músico. Organista de la Catedral de San Isidro y Director del Conservatorio de Madrid. Se dedicó, sobre todo, a la música religiosa.

²⁷ (Madrid, 1843-Madrid, 1917) Pintor. Especialista en pintura histórica.

²⁸ (Madrid, 1845-Madrid, 1924) Escultor. Su obra más célebre es *El Ángel Caído*, inspirada en *El Paraíso Perdido* de Milton. Se encuentra en el Parque del Retiro, en Madrid

²⁹ (Zamora, 1830-Zamora, 1908). Marino, escritor e historiador.

³⁰ Rodrigo Amador de los Ríos y Fernández de Villalta (1849-1817) fue hijo de José Amador de los Ríos. Historiador, con una dedicación principal a la arqueología y a la epigrafía.

³¹ Crítico musical en *La Ilustración Española y Americana*. Según Moya Martínez (1997: 168) fue uno de los críticos musicales más importantes de su época, conservador y defensor de lo tradicional. A su muerte se publicaron sus críticas en tres volúmenes (*Treinta años de crítica musical*, Madrid, Tello, 1906).

³² (Valencia, 1845-Madrid, 1914) Pintor, dedicado principalmente a la pintura histórica. Hizo una importante labor como restaurador de pintura antigua. Fue restaurador del Museo del Prado y trasladó a lienzo las pinturas negras de Francisco de Goya que se encontraban en la *Quinta del Sordo*.

³³ (Pamplona, 1843-Pamplona, 1915) Arquitecto español. Hizo una gran labor de restauración de catedrales en las de Tarragona, Ávila, León, Santiago de Compostela y Sevilla.

³⁴ (Viñuelas, Guadalajara, 1834-Madrid, 1923) Pintor. Discípulo de Federico de Madrazo, y autor de pintura histórica. Su cuadro más célebre es *El último día de Numancia* (1881).

³⁵ (Madrid, 1842-Madrid, 1921) Escultor y grabador, especializado en medallas. En 1901 era Censor de la Academia de San Fernando.

³⁶ (Salamanca, 1850-Madrid, 1923). Músico. Aunque dedicado a la ópera, su obra más célebre, sin duda, es la zarzuela *La Verbena de la Paloma*.

³⁷ (Ávila, 1845-Madrid, 1922) Arquitecto de la Casa Real. Autor del Palacio de la Bolsa de Madrid y de la Casa Consistorial de Valladolid.

Rodrigañez, Fernando Arbós Tremanti³⁸, José Moreno Carbonero³⁹, Juan Samsó⁴⁰, Antonio Muñoz Degrain⁴¹, José Ramón Mélida⁴², Bartolomé Maura y Montaner⁴³, Francisco Aznar García⁴⁴, José María Sbarbi Osuna⁴⁵, Francisco Javier Amérigo Aparici⁴⁶, Manuel Domínguez Sánchez⁴⁷, Simeón Ávalos y Agra⁴⁸ y el propio Menéndez Pelayo. El acta, firmada por el secretario, Simeón Ávalos, indica que en la primera votación ninguno de los dos aspirantes obtuvo mayoría absoluta; una segunda votación, celebrada inmediatamente después arrojó el mismo resultado. En aplicación del reglamento de la Academia se dio por terminada la sesión, quedando emplazados los académicos a una nueva sesión, que se celebraría, previa convocatoria del secretario, el lunes 22 de abril.

Las espadas quedaban en alto y ambos aspirantes tenían quince días por delante para recabar nuevos apoyos o para conseguir un cambio de opinión en algunos de los votantes del adversario.

La reunión del día 15 de abril, en principio una formalidad obligada, a la espera de la nueva votación, resultó ser de todo menos tranquila.

Nada más iniciarse la sesión, en el punto de la lectura del acta de la sesión anterior, tomó la palabra Francisco Fernández y González.

Nunca había existido simpatía ni afinidad entre el célebre arabista y el santanderino. En la correspondencia de Menéndez Pelayo hay abundantes alusiones, nada elogiosas ni cariñosas, a Fernández y González. Particularmente en la que mantuvo con Juan Valera, que compartía su aversión al hermano del célebre folletínista. En la correspondencia se le llama, varias veces, «nuestro amado hijo político», citando burlescamente la frase del

³⁸ (Roma, 1840-Madrid, 1916) Arquitecto. Autor de la *Casa Encendida*, del Panteón de Hombres Ilustres, del Cementerio de la Almudena, y de la Iglesia de San Manuel y San Benito (todos los edificios en Madrid).

³⁹ (Málaga, 1848-Madrid, 1942). Pintor. Célebre especialista en pintura histórica con cuadros como *El príncipe de Viana*, *La conversión del duque de Gandía* y *Entrada de Roger de Flor en Constantinopla*. Son abundantes sus pinturas sobre el *Quijote*.

⁴⁰ (Barcelona, 1834-Madrid, 1908) Escultor. Autor del mausoleo de Espartero, en Logroño.

⁴¹ (Valencia, 1840-Málaga, 1924) Director de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Cultiva la pintura histórica con cuadros como *La Conversión de Recaredo* o *Los Amantes de Teruel*.

⁴² (Madrid, 1856-Madrid, 1933) Historiador y arqueólogo. Catedrático de Arqueología de la Universidad Central y Director de las excavaciones de Numancia y Mérida.

⁴³ (Palma de Mallorca, 1844-Madrid, 1826) Pintor y grabador. Hermano del político Antonio Maura. Director de la Fábrica de Moneda y Timbre y Grabador del Banco de España.

⁴⁴ (Zaragoza, 1841-Madrid, 1911) Pintor. Discípulo de Valentín Carderera. Es autor de *Indumentaria española. Documentos para su estudio. Desde la época visigoda hasta nuestros días. Dibujados y publicados por Francisco Aznar García*. Madrid, 1878. Se trata de una completísima «versión iconográfica de vestimentas históricas, sacadas de esculturas de portadas y sepulcros (San Vicente de Ávila, catedral de Burgos, colegiata de Nájera, etc.), de piezas de museos (Arqueológico Nacional, Burgos, colección del marqués de Cubas, etc.), de miniaturas de Beatos, del Archivo de la Corona de Aragón, Biblioteca Nacional y archivos catedralicios» (García Guatas 2007: 630).

⁴⁵ (Cádiz, 1834-Madrid, 1910) Sacerdote y musicólogo. Redactor de *El Averiguador Universal*.

⁴⁶ (Valencia, 1842-Madrid, 1912) Pintor especializado en pintura histórica. Su cuadro más célebre es *El saqueo de Roma* (1881).

⁴⁷ (Madrid, 1840-Cuenca, 1906) Pintor e ilustrador. Colaboró con Alejandro Ferrant en la decoración de la Capilla de San Francisco el Grande de Madrid. Autor de *Margarita delante del espejo*, inspirada en el *Fausto* de Goethe.

⁴⁸ Alcalde de Madrid (1872-1873), Senador por la Real Academia de San Fernando (1894-1896). Componente destacado de la Masonería española con el sobrenombre de Cincinato (Sánchez Casado 2009: 233, y Tirado y Rojas 2005: 288). En 1901 era secretario de la Academia.

suegro del arabista, José Amador de los Ríos, y sobre todo «Don Hermógenes», en alusión al insufrible pedante de *La comedia nueva* de Leandro Fernández de Moratín. Así el 21 de febrero de 1894, Menéndez Pelayo escribe a Valera: «en el número próximo hablaré del discurso de *nuestro amado hijo político*⁴⁹, procurando entresacar de aquel pedantesco fárrago, las cosas verdaderamente útiles que contiene y ponerlas en forma llana e inteligible» (*Epistolario*. Vol. 12. Carta 560). El 29 de marzo de 1894 pregunta a Valera si «ha recibido la última España Moderna, en la que va un artículo mío sobre el discurso de D. Hermógenes» (*Epistolario*. Vol. 12. Carta 606). Se refería a su artículo, aparecido en *La España Moderna* de marzo de 1894, con el título *Revista crítica*, y que en la *Edición Nacional de las Obras Completas*, está incluido en el tomo I de los *Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria* con el título *De las influencias semíticas en la literatura española*, que se aviene muy poco con el contenido. La lectura detenida de ese artículo deja bien a las claras las muchas objeciones que Menéndez Pelayo ponía a Fernández y González⁵⁰, y de seguro que el arabista debió de ser muy consciente de ello⁵¹. Además, Fernández y González fue alumno de Sanz del Río, maestro de Giner de los Ríos y uno de los primeros krausistas españoles. Todo, pues, hacía pensar que no iba a ser Fernández y González el más ferviente admirador de Menéndez Pelayo, ni mucho menos iba a mirar con buenos ojos la candidatura del santanderino.

Efectivamente, su primera intervención ese 15 de abril, constituyó un ataque directo a la línea de flotación de la candidatura de Menéndez Pelayo. El reglamento de la Academia establecía que en las elecciones de cargos solo podían tomar parte aquellos académicos que hubieran asistido a la mitad de las sesiones celebradas durante el año inmediatamente anterior a la sesión de elección. Y Fernández y González dejó claro en su intervención que (cita directa del acta) «en la sesión del lunes anterior emitieron votos individuos que por no hallarse en el caso no tenían derecho a votar». José Esteban Lozano, Censor de la Academia, dio la razón a Fernández y González, pero propuso una interpretación del reglamento distinta: según ella no podrían votar los académicos que con más de un año de antigüedad no hubieran asistido a las sesiones, pero no aquellos que tuvieran menos de un año, pues les resultaba imposible cumplir ese requisito. Una interpretación que permitía a Menéndez Pelayo seguir tomando parte en las votaciones.

A partir de ahí, el debate se centró en la interpretación del reglamento y Fernández y González fue apoyado en sus protestas por su cuñado, Rodrigo Amador de los Ríos y por Amós Salvador y Rodrigáñez, que sin duda no había olvidado los muchos aplazamientos que había solicitado Menéndez Pelayo. Tan solo Ángel Avilés intervino defendiendo que todos los académicos pudieran votar. Finalmente, la protesta de

⁴⁹ La cursiva es del propio Menéndez Pelayo.

⁵⁰ «No puedo menos de deplorar que nuestro Decano haya abandonado, aunque sin duda temporalmente, los senderos de la erudición semítica, en que tantas y tantas buenas cosas puede enseñarnos, para enredarse en áridas disquisiciones sobre las lenguas indígenas de América o sobre el parentesco del vasco con el turco. Todo esto es sin duda de más alarde erudito que provecho ni amenidad» (196-197). «Nuestro Decano, que tantas cosas sabe, quizá olvida o descuida una sola, y es el arte de hacer valer por la exposición animada y lúcida el prodigioso caudal de su doctrina. Tantos datos, tantos nombres, tantas fechas, acumuladas en tan corto espacio, se estorban mutuamente, y acaban por engendrar confusión en el ánimo del lector más atento» (197). «De todo esto habla el nuevo académico con mucho acierto y erudición, aunque no sé si con el mejor método, sin duda por el empeño de ceñirse estrechamente a la cronología, lo cual le obliga a mezclar especies inconexas que impiden abarcar de una sola ojeada todo el conjunto» (205).

⁵¹ El artículo tuvo el aplauso de Valera, que contesta a Menéndez Pelayo en ese mismo día 29 de marzo de 1894, y habla al santanderino del «sabio D. Hermógenes, el cual sabe, sin duda, las diez lenguas en que los papiros están escritos y otras veinte más, todas ellas raras, primitivas y enrevesadas» (*Epistolario*, Vol. 12. Carta 609).

Fernández y González salió triunfante. Se aprobó el acta, aunque dejando claro que la votación había sido nula y se convocó nueva elección para la semana siguiente.

Las espadas seguían en alto y ambos bandos, sin duda, tuvieron que moverse con celeridad. Menéndez Pelayo escribe a su amigo, el Marqués de Jerez de los Caballeros manifestando que no podría ir a Sevilla con él como esperaba:

Tengo el grandísimo sentimiento de no poder acompañar a Vd. esta noche a Sevilla, porque el lunes próximo habrá en la Academia de San Fernando una votación muy reñida para la elección de director. Soy uno de los candidatos, y probablemente tendré que votarme a mí mismo, por lo cual no puedo prescindir de la asistencia. El asunto en sí mismo no me importa mucho, pero no puedo menos de corresponder a la buena voluntad de los amigos que han presentado mi candidatura y luchar por ella (Galbarro 2011: 350).

Como era costumbre en él, Menéndez Pelayo atribuía a amigos sus propias ambiciones, pero no cabe duda de que pone todo de su parte para que la elección salga adelante. El 22 de abril, víspera de la segunda elección, escribe a su paisano, Jesús de Monasterio, como antes he indicado:

Mi querido amigo e ilustre paisano: Me haría Vd. un favor señaladísimo asistiendo, si su estado de salud se lo consiente, a la votación de Director de la Academia de San Fernando, y honrándome con su importante sufragio. Supongo a Vd. enterado de todo lo que ha habido, y de los ardides de mala fe de que se han valido y continuarán valiéndose los contrarios para que no haya mayoría absoluta o para que resulte empate, y la elección quede decididamente aplazada. El voto de Vd. podrá salvar mi candidatura (*Epistolario*, Vol. 16, Carta 93).

La referencia a los «ardides de mala fe» indican claramente que Menéndez Pelayo no obraba tan obligado por los amigos como manifestaba. Una buena prueba es la maniobra que en colaboración con su amigo, el Conde de las Navas, acomete en relación con José Urioste Velada, que tomaba posesión de su cargo de académico el 21 de abril, dos días antes de la segunda elección de Director. No debía de estar Menéndez Pelayo muy seguro del sentido del voto de Urioste, pues a través del Conde de las Navas, recurre a la influencia de José Isidro Osorio y Silva Bazán, Marqués de Alcañices, íntimo de Alfonso XII, y que aún conservaba su prestigio, aunque no su posición de preeminencia en la corte real. El mensaje era sencillo y claro: Urioste debía evitar oponerse a Menéndez Pelayo si quería el apoyo de Alcañices en su carrera de arquitectura. El Conde de las Navas relataba así la entrevista entre Alcañices y Urioste, en carta de 20 de abril de 1901, un día antes de la toma de posesión del nuevo académico:

Maestro querido: Con solo la indicación que le hice, ayer en cuanto volvió de Aljete, el Marqués de Alcañices fué á ver á Urioste (Sucedió esto antes de recibir yo la carta de Vd.). Le dijo este que, aun ingresando mañana en la Academia cree que no puede votar por lo pronto sino es en las Secciones; replicó Alcañices que fuese como fuera, le suplicaba que, en último caso, dejase de asistir á la sesión en la que haya de decidirse lo de la Presidencia, y Urioste, que quiere *ser arquitecto de la Casa*, ofreció *ver de servir al Duque*. No fía este en absoluto del resultado de sus gestiones y eso que le habló muy claro á su tocayo llegando a decirle que sería bochornoso para la Academia y para España que la candidatura de Vd. se discutiese tan siquiera (*Epistolario*, Vol. 16, Carta 91).

Pero el marqués de Alcañices ya no era el todopoderoso Jefe Superior de Palacio, íntimo de Alfonso XII, y su desconfianza en su influencia con Urioste estaba más que justificada, ya que Urioste asistió a la reunión de la Academia e hizo uso en ella de su derecho al voto.

No pudo hacerlo, sin embargo, uno de los más firmes apoyos de Menéndez Pelayo, el crítico musical de *La Ilustración Española y Americana*, José María Esperanza y Sola, que no había asistido al mínimo de las sesiones exigidas para poder votar. Fernández y González no dudo en reclamar, al principio de la reunión, que se cumplieran las exigencias reglamentarias y Esperanza abandonó la reunión.

La lectura de las actas de la Academia a lo largo de todas esas sesiones, evidencian la discreción y la diplomacia del secretario de la misma, Simeón Ávalos. Quizás «Cincinato» (su nombre en la masonería) estaba acostumbrado a los subterfugios y a los secretos. Los encendidos debates que estos asuntos provocaban quedan convertidos en meras diferencias de opiniones, en corteses intercambios de pareceres, si hacemos caso a la literalidad de las actas. Pero su discreción, en el acta del día 22 llegó a ser tan extrema que el escrito es francamente críptico:

Se procedió a la votación secreta por papeletas, según dispone el artículo 100 del Reglamento, tomando parte treinta y dos señores académicos: del escrutinio verificado resultó que ninguno de los dos candidatos, Sr. D. Elías Martín y Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, obtuvo mayoría absoluta, esto es, la mitad más uno de los votos presentes, por lo que, en observancia de lo que previene el artículo 84 del reglamento, se procedió a verificar nueva votación; y habiéndose ausentado los Señores Martín, Menéndez Pelayo y Muñoz Degrain, ocupó la presidencia el Sr. D. Valentín Zubiaurre, como académico más antiguo, y sólo tomaron parte en esta segunda votación veintinueve académicos. Hecho el escrutinio resultó que obtuvo mayoría absoluta de votos el Sr. Elías Martín.

Redacción que nos deja múltiples preguntas en el aire. ¿Cuál era la razón de que se ausentaran los tres académicos? Es posible que los dos candidatos decidieran dejar en libertad a los académicos presentes, pero, ¿por qué Muñoz Degrain? Y, por otra parte, todas las votaciones habidas en la Academia, antes y después de esta elección, aparecen en las actas consignando exactamente el número de votos de cada una de las opciones, y a veces, en el caso de las votaciones nominales, el nombre de los votantes. Tan solo en esta, probablemente la más importante, pues fue la única en la que se enfrentaban dos candidatos a la dirección, no aparece mención del número de votos y se sustancia la votación en el acta con ese lacónico «obtuvo mayoría absoluta». ¿Cuántos votantes cambiarían de bando al ausentarse de la sala Menéndez Pelayo?

Quedó así proclamado Director de la Academia de San Fernando Elías Martín y Menéndez Pelayo se enfrentó a ese primer fracaso en sus aspiraciones académicas, fracaso que no le haría desistir, años más tarde, de intentar la misma aventura en la Academia de la Lengua, institución en la que sí llevaba colaborando, con ardor y con constancia, desde muchos años antes. Pero fracasó en 1906, como fracasó en 1901; y como en 1901, lo intentó por dos veces, sin conseguirlo ninguna de las dos, a pesar de que, tanto en 1901, como en 1906, llegó a votarse a sí mismo, algo que en la etiqueta de la época era poco menos que un tabú.

En ambas elecciones, en la mente de muchos académicos no debió de estar ausente una reflexión hecha pública por Fernández y González en la tormentosa sesión del 22

de abril y que Ávalos, el secretario redactor de las actas, recoge con su acostumbrada discreción: «la conveniencia de que estos cuerpos (las Academias) se hallen regidas por personas que con su influencia puedan hacer más prospera la vida de las corporaciones».

Menéndez Pelayo, sin casa propia, que había pasado de vivir en una fonda a vivir en la Academia de la Historia, cuya vida privada provocaba múltiples habladurías, llegando incluso a ser puesta en solfa en versos satíricos en las páginas de *Madrid Cómico*, no reunía, sin duda, la condición de respetabilidad irreprochable que muchos esperaban de un director de la Academia; ni tampoco tenía medios de ofrecer las recepciones, banquetes y convites que un Conde de Cheste o un Marqués de Pidal menudeaban entre sus muchas relaciones.

Como ocurriría en 1906, la respuesta de Menéndez Pelayo al fracaso de sus aspiraciones fue el rechazo a la institución que había aspirado a presidir. Nunca volvió a participar en la Academia de San Fernando y su presencia en esa corporación se limitó a las tres sesiones de abril de 1901 que he reflejado en este artículo. Su orgullo no le permitía volver al lugar donde había sido vencido. «Me han echado» se queja ante José Ramón Mérida (*Epistolario*, Vol. 16, Carta 128), un mes después de los hechos.

Menéndez Pelayo fue vencido por las mismas razones que en otras ocasiones le habían hecho triunfar. Nadie le discutía su valía, pero su alta autoestima, que muchas veces era ya auténtica egolatría, le hacía creer que merecía cualquier título, cualquier distinción o cualquier puesto en el que fijara sus aspiraciones. Esa misma egolatría le excusaba de buscar con tranquilidad apoyos y de valorar si estaba en situación de llegar a conseguir sus objetivos. Juzgaba la retirada como una debilidad y por eso, siempre aspiró a todo y nunca dejó de intentar conseguir nuevos honores. Por otra parte, el sentimiento de superioridad intelectual que le embargaba le llevó a múltiples polémicas, y su agudeza y habilidad en la palabra escrita hizo que en esas polémicas creara muchos resentimientos.

Nunca procuró congraciarse, además, con las gentes bien pensantes de la vida española, no se preocupó de aparentar una vida más morigerada y tranquila, para no provocar murmuraciones. Solo concedía importancia a las gentes cuya opinión respetaba, y la realidad era que respetaba a pocas personas, y era indiferente, a la hora de valorar a las personas, a qué bando, político o religioso, pertenecían. «Los tontos no pertenecen a ninguna escuela», le dice a Clarín en una carta de 9 de julio de 1896 (*Epistolario*, Vol. 14. Carta 9).

Bibliografía

- DARÍO, Rubén. (1991). *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Ayacucho. Fundación Biblioteca Ayacucho.
- GALBARRO, Jaime. (2011). «Una carta inédita de Marcelino Menéndez Pelayo al marqués de Jerez de los Caballeros (1901)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. LXXXVII. 349-354.
- GARCÍA GUATAS, Manuel. (2007). «Una generación de pintores partida por el medio siglo». *Artigrama*. 22. 617-647.

- LERROUX, Alejandro. (1919). «Derecha e izquierdas. Mitins y manifestación». *La Correspondencia de España*. 28 de febrero. 3.
- MOYA MARTÍNEZ, María del Valle. (1997). «Aproximación a la crítica musical madrileña del último tercio del siglo XIX». *Ensayos. Revista de Estudios de la Escuela Universitaria de Magisterio de Albacete*. 12. 163-171.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1983). *Memorias de uno a quien no sucedió nada*. Introducción biográfica y notas de Benito Madariaga de la Campa. Santander. Estudio.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1941). «El Doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria)». En *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Tomo 5*. Santander. Aldus. 130-175.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1945). *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Santander. Aldus. Tomo I.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1982-1991). *Epistolario*. Madrid. Fundación Universitaria Española. 23 vols.
- MONTESINOS, José F. (1969). *Pereda o la novela idilio*. Madrid. Castalia.
- SÁNCHEZ CASADO, Galo. (2009). *Altos grados de la masonería*. Madrid. Akal.
- TIRADO Y ROJAS, Mariano. (2005). *La masonería en España*. Maxtor.